



LAS FRONTERAS DEL MIEDO

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

edebé

periscopio

LAS FRONTERAS DEL MIEDO

AGUSTÍN FERNÁNDEZ PAZ

LAS FRONTERAS DEL MIEDO



edebé

Título original: *As fronteiras do medo*

© Agustín Fernández Paz, 2012

© Ed. Cast.: edebé, 2012

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño de cubiertas: César Farrés

Fotografía de portada: Hemera/Thinkstock

© *Traducción:* Isabel Soto

1.^a edición, marzo 2012

ISBN 978-84-683-0420-5

Depósito Legal: B. 32175-2011

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

En la inolvidable noche del 26 de marzo de 2009, en los jardines del hotel Tre Vecchi, bajo el cielo estrellado de Bolonia, prometí que escribiría este libro a las personas que compartieron conmigo aquellas horas felices. Helena Torres, Xan López Domínguez, Soedade Noia, Manel Cráneo, Pinturero, Manolo Figueiras y Lluís Miquel Avián. La promesa es ya una realidad.

Entré, hechizado, y de un montón cubierto de telarañas
cogí el volumen más a mano y lo hojeé al azar,
temblando al leer raras palabras que parecían guardar
algún secreto, monstruoso para quien lo descubriera.

H. P. Lovecraft: «El libro», *Hongos de Yuggoth*

Una historia que hablase de los misteriosos temores
de la naturaleza y que despertase el más
intenso de los terrores, una historia que creara en el lector
miedo a mirar a su alrededor, que helase la sangre
y acelerase los latidos del corazón.

Mary W. Shelley: Prefacio, en *Frankenstein
o el moderno Prometeo*

Índice

1. La Puerta del Más Allá	11
2. La voz de la sangre	51
3. Los Hijos de Hamlet	85
4. El pozo	103
5. El enigma del menhir	135
6. La mirada de K	155

LA PUERTA DEL MÁS ALLÁ

El viajero del cabello rojo llegó a la posada al atardecer del 17 de octubre. Desde por la mañana no había parado de caer una lluvia menuda y persistente; pero, a media tarde, el viento cambió de dirección y ahuyentó las nubes que nos cubrían, dejando el cielo tan limpio como sólo se ve en los días de verano. Yo andaba ocupado en partir una carga de leña que me habían traído la tarde anterior, tan necesaria para alimentar la chimenea en el invierno inacabable, y únicamente me percaté de su llegada cuando aparcó el todoterreno que conducía en la explanada delantera de la casa.

Solté el hacha y me aproximé con pasos lentos al vehículo, un Range Rover de color negro que transmitía una impresión de seguridad y solidez. El hombre que se bajó de él ofrecía un aspecto muy alejado del común de los viajeros que se acercaban a mi posada. Lo primero que en él llamaba la atención eran el pelo y la barba, de intenso color rojo, así como su extrema delgadez. Era alto; me llevaría casi media cabeza, y eso que yo no me considero pequeño. Con todo, superada la primera impresión, lo más llamativo de su cara eran los ojos, de

un verde muy vivo y poseedores de un brillo especial, capaz de provocar desasosiego en quien los mirase.

—¡Buenas tardes! —saludó con voz que pretendía ser amable, al tiempo que me ofrecía su mano—. ¡No es fácil dar con esta posada! Llevo más de una hora dando vueltas por las carreteras de la comarca, que parecen todas iguales si no se conocen, sin encontrar ningún cartel indicador. Pero lo importante es que por fin estoy aquí.

El hombre hablaba nuestra lengua con corrección, pero resultaba evidente que procedía de algún país extranjero, como bien revelaban su acento y la deficiente pronunciación de ciertos sonidos. Correspondí a su saludo y, enseguida, le pregunté quién era y qué lo traía hasta mi posada.

—Me llamo Walter MacGregor y soy escocés. La primera parte de mi vida transcurrió en Edimburgo, pero ya hace muchos años que resido en Londres. Soy el propietario de la más conocida casa de antigüedades de la ciudad, The Old Times, en Portobello Road.

Como yo nada decía, añadió:

—No exagero si afirmo que constituye una referencia en toda Europa; tal vez haya oído hablar de ella alguna vez. El mío es un trabajo apasionante, que me obliga a viajar durante varios meses al año en busca de piezas que la gente guarda ignorando el alcance de su valor.

—¿Y se puede saber qué se le ha perdido a una persona tan importante en esta apartada aldea de Galicia? —yo soy más bien parco en palabras y me incomodaba lo mucho que hablaba aquel hombre, así como el aire

de suficiencia de su discurso—. Porque, si no le he entendido mal, usted buscaba mi posada.

—Sí, la buscaba. ¡La Posada de las Antas! —exclamó, al tiempo que señalaba el letrero situado sobre la puerta principal—. Llevo más de un mes recorriendo las tierras de Galicia, que me parecen fascinantes, sobre todo las del interior: O Cebreiro, Samos, San Estevo, Mondoñedo, Campo Lameiro... Amo Escocia con pasión, en las Highlands están mis raíces, pero puedo afirmar que ya me he enamorado para siempre de estas tierras.

—¿Y cuál es el motivo que lo ha traído hasta aquí? —insistí, irritado por no obtener respuesta concreta a mis preguntas.

—El culpable de mi llegada es don Sebastián Reigosa de Miranda, el anticuario de Lugo al que usted sin duda conoce. Hace unos días, mientras comíamos como dioses en el Mesón de Alberto, le comenté mi deseo de disfrutar de una temporada de descanso y aprovecharla para avanzar en el libro que inicié hace más de dos años. Fue él quien me aconsejó que, si quería tranquilidad, me acercara a estas tierras del norte y buscase su posada —se calló unos instantes y a continuación añadió—: Falta saber si dispondría de una habitación libre para mí.

—Están libres las ocho, puede escoger la que prefiera —le aclaré de inmediato—. El señor Reigosa de Miranda es amigo y también cliente; él y su mujer pasan aquí la primera quincena de agosto, sin fallar ningún año. Y no le ha mentado: en cuanto a la tranquilidad, pocos sitios encontrará más apacibles que éste.

—¡No contaba con ser el único huésped! —exclamó, sin poder ocultar una sonrisa de satisfacción.

Después observó de nuevo la casa y paseó su mirada por el paisaje de alrededor, cada vez más desdibujado por las sombras.

—Hasta hace unos días todavía hubo huéspedes —comenté—. De aquí en adelante el tiempo es frío y los días, cortos. Eso retrae a la gente. Sólo de vez en cuando aparece alguien como usted. Es distinto en los meses que van de mayo a octubre; entonces es cuando la posada se llena y me veo obligado a rechazar a muchos de los viajeros que me llegan.

—¿Así que estaremos solos usted y yo?

—Por la noche, así será —confirmé, sin poder evitar una sombra de inquietud—. Por las mañanas vienen a trabajar dos mujeres, Ermitas y Juana, que se encargan de la cocina y de la limpieza de las habitaciones. Y por las tardes nunca faltan algunos vecinos que se acercan hasta aquí a matar las horas. Ya los irá conociendo a todos ellos.

El escocés pareció darse por satisfecho con mis explicaciones. Subió a su vehículo y maniobró para colocarlo junto a la puerta de entrada. Luego se bajó y me pidió que le ayudase a trasladar el equipaje hasta el que sería su dormitorio. Se trataba de un voluminoso baúl de madera barnizada, reforzado con cantoneras y herrajes de metal. Lo subimos por las escaleras hasta el primer piso, no sin dificultades, pues era mucho lo que pesaba. Una vez arriba, le enseñé las cinco habitaciones disponibles en ese piso, mucho mejores que las tres de la planta baja. En contra de lo que yo suponía,

eligió la que daba a la parte de atrás de la casa, menos luminosa y más fría, descartando las otras, tanto las de la fachada como las orientadas al oeste, que contaban con la ventaja añadida de la galería.

Cargamos después el baúl hasta el dormitorio elegido. Lo primero que hizo en cuanto lo posamos, fue abrir las dos hojas del balcón y asomarse al exterior. A pesar del cielo sin nubes, la claridad era escasa y ya se percibía la proximidad de la noche. El robledal comenzaba a unos treinta metros del edificio y se extendía, espeso y sombrío, hasta la ladera de la Colina de las Antas. Un paisaje limitado, e incluso opresivo, que contrastaba con el horizonte amplio y dilatado de las otras habitaciones. Pero el escocés parecía encantado con su elección, así que el asunto quedaba resuelto.

—Como ya le he dicho, las cocineras sólo trabajan por las mañanas. No es mucho lo que le puedo ofrecer —le indiqué, antes de dejarlo solo—. Si le parece bien, cenaremos a las nueve, a menos que le apremie el hambre y desee hacerlo antes.

—Las nueve es una buena hora. Mientras, voy a ordenar todas mis pertenencias. Y puede que a lo mejor me eche un poco en la cama, vengo cansado de conducir durante toda la tarde.

Me despedí y bajé a guardar en el cobertizo la leña que había partido. Después me senté en el banco de piedra de la entrada, sin poder apartar de mi cabeza la imagen del extraño huésped que me acompañaría en los próximos días. No era la primera vez que recibía a personas como el escocés, individuos que provocaban en mí una persistente sensación de desasosiego, pero

siempre se trataba de gente de paso, que se hospedaba dos o tres días en la posada y después continuaba su camino. Walter MacGregor, por lo que me había dicho, traía la intención de permanecer conmigo un tiempo indefinido, y esa particularidad me provocaba una inquietud que no conseguía apartar del pensamiento.

Poco antes de las nueve dispuse la mesa donde cenaríamos e improvisé unos platos ligeros para complementar la carne mechada que me había dejado Ermitas: una tortilla de patatas, un plato de lonchas de jamón, queso fresco y membrillo. Eso y una botella de buen vino sería suficiente.

Contaba con llevar yo la conversación y conseguir más datos sobre el escocés, pero fue él quien no paró de preguntar durante la cena y el largo tiempo de la sobremesa. Y así, me encontré contándole la historia de la casa, donde ya habían vivido cuatro generaciones de mi familia. Había sido mi bisabuelo quien la había construido, en el año 1870, y quien había abierto la posada para acoger a los arrieros que pasaban con sus carros camino de Lugo. Después, la tradición había seguido de padres a hijos, hasta llegar a mis manos.

—No quiero ser impertinente, pero usted parece estar soltero —comentó, una vez finalizada mi historia—. ¿No le preocupa que desaparezca esa tradición al no haber quien la continúe?

—Tampoco soy tan mayor. Todavía no he perdido la esperanza de casarme —respondí, molesto por el hecho de que la conversación tocara temas tan personales.

¿Qué le importaba a él mi vida?—. Y espero tener la fortuna de contar con un heredero en el futuro.

—¡La Posada de las Antas! —pronunció el escocés con voz enfática, dilatando en el tiempo cada una de las palabras—. Aún no me ha contado por qué la hospedería lleva ese nombre.

—Pues porque a medio kilómetro de aquí se encuentra la colina que se ve desde el balcón de su cuarto, más allá del robledal. La llaman Colina de las Antas porque en su ladera se encuentran cinco de esas construcciones, todavía bien conservadas.

—Disculpe mi ignorancia. ¿Qué es un anta?

—Si le digo el término con el que se suele citar en los libros, seguro que no le resultará desconocido. Anta es como llaman en Galicia a los dólmenes, que por otros lugares de este país también reciben el nombre de *mámoas*. Ya sabe: esas construcciones que se erigían hace miles de años para enterrar a los muertos y honrar su memoria.

—Los dólmenes, ¡cómo no los voy a conocer! —exclamó entusiasmado mi huésped—. Soy escocés, y supongo que ya sabe de la abundancia de dólmenes, crómlech y menhires, tanto en Gran Bretaña como en Irlanda. Desde Londres, a poco más de una hora de viaje, cualquier persona puede acercarse al crómlech de Stonehenge, el más importante monumento megalítico que se conserva, como usted seguramente no ignora.

Walter MacGregor resultó ser un especialista en cuestiones referidas a los monumentos megalíticos. Como si estuviera impartiendo una conferencia, empezó a hablar de la importancia de esas «catedrales de piedra»

—así las llamó él— y de los misterios que aún hoy escondían. Yo le oía disertar, a cada minuto con mayor entusiasmo, de las maravillas que se podían encontrar a lo largo de toda la Europa atlántica, desde Stonehenge a las impresionantes alineaciones de menhires de Carnac. El escocés, que afirmó haber leído todo cuanto se había escrito sobre los megalitos, me explicó que, para los humanos que los habían construido, el interior de un dolmen constituía un centro del mundo, un lugar sagrado y misterioso donde poder comunicarse con los dioses del más allá y los espíritus de los muertos. Ésa era la razón de que en las leyendas relacionadas con ellos aparecieran siempre seres sobrenaturales poseedores de una fuerza divina o de una energía diabólica.

De repente se calló, como si lo asaltase la sospecha de haber hablado demasiado. Inclino la cabeza y pareció concentrarse en examinar las vetas dibujadas en la superficie de la mesa. Así permaneció varios minutos, durante los cuales yo tampoco pronuncié palabra.

—¿Así que tenemos varios dólmenes aquí cerca? —comentó, tras un largo silencio—. ¡Me siento afortunado, es un regalo sorprendente! Espero poder explorarlos en los próximos días.

—En realidad, son cinco —precisé—. Están todos en la ladera de la colina, a la misma altura, como si formaran un círculo en torno a la cumbre.

Creí que MacGregor continuaría tirando de aquel hilo, en el que había demostrado ser un verdadero experto, pero decidió cambiar de tema y, sin que yo le preguntara, se sintió obligado a informarme con mayor detalle sobre su vida y los negocios que regentaba.

Estuvimos charlando hasta que, a eso de las doce, decidimos retirarnos a dormir. Él se marchó corredor adelante y yo me metí en mi cuarto, que era uno de los dos que dan a la fachada. Al ocupar dormitorios en sendos extremos del edificio, estábamos separados por el largo pasillo que nacía en las escaleras y acababa en el cuarto del escocés.

Cuando a las tres de la mañana me levanté para bajar a la cocina en busca de una jarra de agua, comprobé que la luz de su cuarto permanecía encendida, pues estaba iluminado el ventanuco de cristal opaco que tenían todas las puertas en la parte superior. Cansado estaría, pero no lo demostraba. ¿Qué demonios hacía a aquellas horas?